

DOMINGO CUARTO DE CUARESMA

1ª lectura (2ª Crónicas, 36, 14-16.19-23): *El Señor me ha encargado le edifique una casa.*

Salmo (136, 1-2.3.4.5.6): *«Que se me peque la lengua al paladar si no me acuerdo de ti»*

2ª lectura (Efesios 2, 4-10): *Por pura gracia estáis salvados.*

Evangelio (Juan 3, 14-21): *El que cree en él, no será condenado.*

El evangelio recoge uno de los núcleos del mensaje cristiano; o, si se quiere, de la revelación de Dios en Jesús. Dios es amor, y ama; el exceso de su amor incondicional *«tanto amó Dios al mundo»* se hace patente en el envío de su Hijo Jesús; un paso más, en la *«entrega»* de su Hijo. San Juan no plantea en ningún momento que esta *«donación»* del Hijo sea cruel, sino que lo hace *«por amor»*, para que nadie se pierda. El plan de salvación de Dios se abre a la gran humanidad, que se entiende como receptora de este amor de Dios manifestado en Jesús. Este es el mensaje cristiano, paradójico, verdadero y esperanzador a la vez.

Las condenas existen en la vida ordinaria, pero Dios no condena. Ni condenó a nadie en el pasado, ni lo hace ahora, ni lo hará en el futuro. Las imágenes de un Dios celoso, envidioso, colérico, iracundo... no hacen justicia a Dios. Son falsas y muy graves. Quizá, de forma sencilla pero clara, los creyentes deberíamos evitar estos juicios tan perniciosos sobre un Dios que reparte castigos y premios; no solo porque son falsos, sino porque son *“antievangélicos”* y hacen daño a muchas personas. Usamos este lenguaje principalmente religioso, aunque pertenece también a otros mundos (jurídico, sanitario, social, etc.) porque es claro, rotundo, contundente, si bien tiene su dificultad.

Con mucha frecuencia la condena viene de fuera: el pobre que nace en una familia pobre y nunca puede remontar su penosa situación; el enfermo que nace muy débil y nunca alcanza límites satisfactorios de salud; el marginado que no sabe más que de calles y de cárceles desde su infancia... ¿Fatalismo? ¿Determinismo? ¿Mala suerte? ¿Culpa de una sociedad incapaz de solucionar muchos de estos problemas que tienen solución? Insolidaridad o frialdad de los que vivimos en este mundo.

En efecto, un reo hallado culpable es condenado, mientras que uno hallado inocente, es salvado. Un enfermo terminal está condenado a la muerte, mientras que una infección cogida a tiempo lo salva, aunque sea temporalmente. Un pobre de solemnidad está condenado a la miseria, mientras que un rico salva sus compromisos vitales con holgura. ¿Podemos decir lo mismo de la suerte de una persona, en su vida humana?, ¿en la realización de sus proyectos?, ¿en su condición de ser única y responsable ante sí misma, ante la sociedad, ante los demás y ante Dios?

Cuando todo parece perdido, cuando hemos agotado nuestras fuerzas, cuando nos sentimos más allá de la esperanza, Dios nos ofrece una vez más la salvación, ahora de manera definitiva. *«Porque tanto amó Dios al mundo, que le entregó a su Hijo, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna»*. Ni los judíos de las diferentes épocas ni los demás seres humanos hemos podido mantenernos fieles a la alianza, pero Dios nunca nos ha dejado de amar. Dios siempre quiere la vida de los suyos. Dios siempre ha amado al mundo y lo ha hecho al modo divino. Por eso nos exhorta continuamente por medios de sus mensajeros. Y cuando parecía que la serie de mensajeros se agotaba. Dios nos envió a su Hijo, *«no para condenar al mundo, sino para que el mundo se salvara por medio de él»*.

Siempre habrá quien prefiera las tinieblas a la luz, y eso ocurre porque sus obras son malas y el que obra el mal aborrece la luz y no se acerca a ella para que no se descubran sus obras. Quizás por eso ocurren tantas cosas en lo *“oscuro”* y, cuando algunas salen a la luz no solo molestan o inquietan a los demás, sino que revelan la verdadera identidad de los amantes de las tinieblas. La luz sigue en medio de nosotros. Esa luz tiene nombre, se llama Jesucristo. Él es la alianza definitiva sellada por Dios con la humanidad. Cuando queremos obrar el bien conforme a la verdad nos acercamos a esa luz.

La Cuaresma nos invita a salir de nuestras tinieblas para acercarnos a la luz. Jesús que está levantado sobre el madero de la cruz nos ilumina para que quien se acerque a él y crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna. La Cuaresma nos invita a mantener la mirada fija en el misterio de la Pascua, la muerte y resurrección del Hijo de Dios. Nos invita a dejar de obrar mal para tratar de obrar el bien conforme a la verdad.

Nos invita a regresar de nuestro *“destierro”*, las más de las veces voluntario, para entrar en la patria. Nos invita a tomar nuevamente nuestras cítaras colgadas junto a los canales de los ríos de Babilonia, para volver a la casa y cantar con alegría la obra salvadora de Dios en favor nuestro: *«Porque tanto amó Dios al mundo, que le entregó a su Hijo, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna»*.

Lo más extraordinario es que esta vida no la ganamos con nuestros esfuerzos; la recibimos como regalo de parte de Dios. Hemos sido salvados por gracia. **¡Gratuitamente!** No se debe a nosotros ni a ninguna de nuestras obras. Simplemente nos toca acoger el don de la vida eterna mediante la fe. Suele decirse que en este mundo nada es gratis; pero los creyentes podemos añadir, excepto lo más importante: *“el amor de Dios y la vida eterna”*.